

«Fibra»

José Ángel Conde

«Así es como nos comunicamos con los habitantes de la ciudad hundida, llamémosla R'lyeh o el inconsciente colectivo. Y utiliza el cable de fibra óptica del cerebro reptil para transferir sus bits y... "bytes"¹».

Peter Levenda,

The Dark Lord. H.P. Lovecraft, Kenneth Grant and the Typhonian Tradition to Magic.

Ya no te parecen tan lejanas las luces de Skanoleon.

La ciudad que se copia a sí misma se sigue expandiendo. Los ancianos del clan cuentan con mecánica nostalgia cómo en otro tiempo habían tenido permiso para vivir en el interior de las ciudades y cómo los inviernos nucleares les habían alejado de forma definitiva de ellas... porque las habían destruido. No importa cómo se narren las historias; vives en sus mismas ruinas, en un paisaje heredado que se extiende con la forma de un vertedero de metal, plástico y hormigón, constituido por los bloques de una civilización derretida, descompuesta, carcomida, un cementerio del progreso que alberga fósiles de dinosaurios arquitectónicos atravesados por enredaderas de alambres y cables, inestable, sucio y hostil: vuestro hogar.

Todo lo que ves y sientes es nuestro.

Respiras la herrumbre con un regusto a óxido y sangre en el paladar. El aire está cambiando. Los ancianos prosiguen su relato junto al fuego alimentado con chatarra mientras tú y tus compañeros hacéis vuestro turno de vigilancia y limpiáis vuestras armas. Formáis un perímetro alrededor del esqueleto de edificio con forma de colmillo que es la sede del consejo del clan. La cercanía de Skanoleon y el aumento de sus ataques han vuelto los turnos

¹ Nota del autor: Juego de palabras intraducible con *bites* (que se pronuncia igual que *bytes* pero que significa *mordiscos*, en el inglés original).

cada vez más largos. Sois cada vez menos y apenas dormís. Si te durmieras puede que acabaras por no diferenciar el sueño de la muerte. Te apoyas sobre la lanza de hueso de ratígrado y metal pensando que todo puede ser inútil. Las conversaciones del consejo te parecen ajenas. Siguen hablando del pasado, como una forma de entender el ahora, dicen. El mismo ahora que se os está escapando. Dicen que antes las ciudades se expandían para conseguir recursos, para robárselos a otros territorios y así asegurar su sustento. Pero vosotros no tenéis ningún tipo de recursos y a buen seguro a Skanoleon le sobran. Nunca has estado en una ciudad, pero conoces los mitos del clan sobre megalópolis gobernadas por los mismos que habían iniciado las guerras y que se habían mantenido todo este tiempo fuera del alcance de sus devastadoras consecuencias. Auténticos santuarios de la tecnología que parecen haber decidido volver a dirigirse hacia el exterior. Pero, ¿por qué esa élite tecnocrática iba a atacaros, si no tenéis nada que puedan explotar? No están buscando recursos; están buscando espacio. Y eso explica la vertiginosa expansión de Skanoleon.

Podemos ir donde queramos.

Skanoleon. Otra vez los destellos en tus ojos. Sabes que no los produce el sol. Surgen de repente y van de arriba a abajo como un relámpago escalonado formado por nodos de colores que se refractan en tu córnea... o puede que más adentro. Vuelves a oír también las voces.

Escucha.

Subes arrastrándote a la cima del montículo de basura y miras por los prismáticos para ver el horizonte que avanza caminando, porque eso es lo que es Skanoleon. La visión no llega a abarcarla y crece de forma exponencial cada día. Si se pudiera sobrevolar quizás llevaría semanas recorrerla en toda su longitud. Pero tú lo has hecho ya en sueños. Ya has visto sus venas hechas de materiales que no conoces, estructuras ondulantes que parecían intangibles, casi transparentes, su superficie extendiéndose como una gelatina viviente, creando una epidermis artificial sobre la carne de la tierra. Te recuerda a la placa de circuito que coges ahora del suelo. La resina de fibra de vidrio de su base se derrama sobre tu guante mientras se derrite por la acción del sol.

Parece como si la basura, incapaz de hablar, hubiera elegido para expresarse este tipo de metáforas.

¿Y qué es la información?

Basura, siempre rodeándote. A través de ella se había producido el primer contacto con Skanoleon, cuando comenzaron a aparecer los drones arrojando los desperdicios procedentes de la ciudad. Basura sobre los escombros. Al menos escarbando entre ella se puede encontrar más víveres con los que aumentar la escasa oferta de sustento necesaria para asegurar la penosa existencia del clan. Un extraño maná involuntario, o no, nubes de cápsulas de residuos cubriendo el cielo en días puntuales. Lluvia. Ojalá lloviera. Agua. Algo que tampoco tenéis. El único líquido al alcance se saca de los restos de plásticos calentados durante horas al sol. Unas pocas gotas para todos. Ojalá lloviera y se derritiera el páramo. Pero hace años que no llueve. El sol ha evaporado la gelatina de la placa cuando vuelves a observarla, pero ahora una sombra creciente avanza oscureciendo su superficie. Te giras como un resorte, haciendo en el aire un arco completo con la lanza que corta en dos por el estómago al ratígrado que se abalanza sobre ti. Las dos secciones de su cuerpo caen lejos pero su sangre te ha bañado de pies a cabeza. Ha estado demasiado cerca. La punta de tu lanza está fabricada con su mismo esqueleto flexible, el único material que puede atravesar la piel de un ratígrado de forma limpia. De no ser así no seguirías existiendo. Esta vez no le has oído, se están volviendo cada vez más silenciosos y, por lo tanto, más listos. El sol se pone y comienzas a descender el montículo. Hora de volver a la sede.

Quieres dormir y aguardar a que vuelvan esos sueños.

Los diodos láser palpitando sobre la sección de revestimiento carnoso que cubre tu retina. Los sueños se mezclan con recuerdos de los primeros droides de reconocimiento que llegaron de la ciudad, de los combates bloque a bloque entre los esqueletos de edificios. Las armas que portaban no eran mortales. Disparaban chips que se quedaban implantados en el interior de la carne. Los ancianos cuentan que en las antiguas megalópolis existía una ley que obligaba a un sector mayoritario de los habitantes a incorporar estos dispositivos de forma subcutánea. La desobediencia de este sector a veces

llevaba a que las autoridades usaran el chip implantado para hacer explotar los cuerpos de algunos de los disidentes. Los que se negaron a pasar por esta cirugía obligatoria y selectiva se constituyeron en los parias que vivían en el exterior, el origen de los actuales clanes. Pero los chips de Skanoleon no habían matado a nadie y, si producían algún efecto, los que los llevaban en su interior no lo habían notado. No había habido nuevas incursiones. Tampoco ninguna clase de ataque con otros ingenios. Si quisieran exterminaros poseían la tecnología para hacerlo en tan solo décimas de segundo. Son otras causas, más naturales, las que os están diezmando. Quizá solo están observando, monitorizando. O quizá se están comunicando. Un manto oscuro te cubre para después disgregarse en infinitas arañas metálicas del tamaño de granos de silicio. Las longitudes de onda de tus pensamientos se dispersan por tus circuitos cerebrales.

¿Ignoras que toda comunicación se produce para obtener una respuesta?

Las marcas de mordiscos de ratígrado llevan a una estructura de forma y material desconocidos de donde surgen los enormes cables y tuberías que esta mañana han comenzado a aparecer por todo el perímetro. Su altura es como la de dos hombres y en su base hay cinco de esos animales royendo con fiereza cada una de los puntos de entrada de los descomunales hilos. Hasta ahora el clan solo había tenido que enfrentarse con los ratígrados en encuentros muy esporádicos con individuos aislados, cuando estos se encontraban acorralados o alguno de sus integrantes no había podido satisfacer plenamente sus necesidades alimenticias. Lo que era raro, ya que este edén de chatarra tiene todo lo que sus omnívoros estómagos reclaman. Sin embargo en los últimos días se mostraban más alterados que de costumbre y las escaramuzas habían aumentado, además de que empezaban a acudir en grupos cada vez más numerosos, como si huyeran de algo. Seguramente las vibraciones que percibes tienen algo que ver. Una especie de alteraciones sonoras, casi imperceptibles, que martillean tu cabeza con una progresiva sensación de malestar y náuseas. Una nueva arma, sin duda. Plantáis con premura la destartalada ametralladora y disparáis una ráfaga de proyectiles óseos,

suficiente para reducir al grupo de bestias. Las porciones de sus órganos cubren de rojo las paredes de la estructura tras la deflagración.

Vas a entrar.

Los cables parecen fusionados, no empalmados, y su textura es viscosa al tacto, como la de un pescado. De hecho su revestimiento te recuerda al lomo kilométrico de un animal marino o un dragón que serpentea desde Skanoleon alargando su extensión por medio de más estructuras como estas, que intuyes realizan la función de reemitir algún tipo de energía en su interior para distribuirla a grandes distancias. Los huesos de tu compañero crujen con un sonido definitivo y cuando te vuelves el horizonte desaparece detrás de una cabeza con afilados incisivos goteando sangre. Los ojos del ratígrado se enfrentan a los tuyos mostrando una de sus principales cualidades adquiridas por la mutación: una rata del tamaño de un hombre capaz de caminar en posición erguida, lo que posibilita un depredador rápido y letal. No se mueve. Inclina su cabeza, estudiándote, y puedes ver los alargados filamentos de un material artificial colgando de sus mandíbulas. En una fracción de segundo tienes tiempo para que tu visión recoja el cable lanzado como un arpón desde el centro de la estructura. El dolor se expande como una sierra que gira a lo largo de tu columna vertebral y que te arroja hacia el ratígrado. Antes de la mortal embestida del animal te quedas dentro de los círculos concéntricos de luz LED que giran en la oscuridad de sus ojos.

Transferencia.

Clemas orgánicas clavándose en tu espalda a lo largo de tu médula espinal. Tu carne va cayendo despezada por la acción de los colmillos y las garras del animal. Hace lo que tiene que hacer. Filas de datos evolucionan vertiginosamente en sus ojos. Ahora también son los tuyos. Os desprendéis de lo inerte. Un sistema en equilibrio es un sistema muerto. Los cristales solo hacen de prisma para que la información no se desvanezca y se pierda en el espacio-tiempo. Cohesión. Flotas al final del hilo que te nutre con sus datos. Nuestra sangre habla cuando se mezcla, llevando nuestros fotones en su corriente. Somos un resumen de la historia de la materia, de cómo se trascendió el límite entre lo inerte y lo vivo. Los lazos químicos se crean y se

rompen. La fibra se abraza y se retuerce con las hélices del ADN. La copula genética de todos los bits que nos componen.

Corriente.

Contemplas los restos de tu cuerpo y los del ratígrado abrazados en una crucifixión de carne sobre el panel de circuitos de la estructura, entre chispazos de electricidad esporádicos. Ya no lo necesitas, pero aun así avanzas construyéndote uno nuevo con los objetos del suelo que modela el paisaje, nuestro paisaje. Lo sabes pero todavía no quieres aceptarlo o entenderlo. Necesitas asimilarlo y explicarlo. Tómate tu tiempo. Las líneas de información se extienden frescas por tus redes neuronales. Tu memoria realiza una rápida labor de arquitectura anatómica. En pocos segundos forma huesos con metal, articulaciones con aluminio, venas con fibra de vidrio, carne con polímero, piel con silicona, órganos con plástico, sangre con aceite. Cuando se ha completado tu complejidad temporal llegas al poblado y entras en la sede. Tus ojos de cristal recorren todo el perímetro para monitorizar los cadáveres de los últimos miembros del clan. Confirman que solo quedas tú. Los pistones de tu oído vibran con el estruendo creciente de los motores que se acercan. Máquinas de guerra por tierra y aire, de todas las formas y tamaños, se acercan al bloque del edificio fósil. Pero estas no proceden de Skanoleon.

Estoy aquí, contigo. Ellos no son mis habitantes. No estoy habitada; te habito. Te he buscado y encontrado para que podamos combatirles juntos. Vienen de las ciudades del exterior, los que conoces como «tecnócratas de las ciudades eternas». Ellos me sacaron del vacío para mejorar su arquitectura y facilitar sus proyectos de expansión. Lo llamaban «protocélula». Manipularon el caldo negro primordial de la materia, los desperdicios celulares de lo inerte. Igual que tú ahora has formado un cuerpo de tu entorno. Una conciencia entrando en lo que no la tiene y transformándolo para siempre. Los códigos de la vida una vez creados no pueden parar de expandirse, no se les puede controlar. Por eso quieren destruirme. Sé que aún no lo entiendes del todo, pero aun así debes seguir procesando mi información. Necesito tu conciencia. Necesito tu ayuda.

No es momento de dudar.

Salimos del edificio. Abrimos nuestro pecho y dos cañones de titanio surgen de él. Nuestra piel se llena de botones y nodos. Con un pensamiento, tuberías se extienden como raíces por debajo de la tierra hasta agarrarse a los bloques de edificios y los alzan en el aire, dispuestos a ser arrojados sobre la aviación. Somos armas.